

se distinguen de todas las demás de otros Santos por su mayor belleza. Son verdadera poesía, creación de una fantasía fina y delicada como toda el alma de esta noble y joven matrona africana" (5).

Perpetua concluye así su "diario" de cárcel: "Esto he hecho hasta el día antes del espectáculo: pero el acto del mismo espectáculo, si alguien quiere, lo escriba". Y acerca de estas tan estremecedoras e impresionantes y entrañables palabras, dice un erudito comentarista: "El afortunado colector de la *Passio* tomó esta nota como un mandato de la mujer santísima Perpetua, y hemos de agradecerle la fidelidad con que lo cumplió" (6).

Y como, según ya he anotado, la mucha extensión de la *Passio Perpetuæ* me imposibilita transcribirla aquí íntegramente del original latino—lo que sería mi más sincero deseo y mi más agradable ilusión—copio el siguiente esbozo hagiográfico (7): "Uno de los dramas más impresionantes de la historia de las persecuciones es el del martirio estrenuo que en las nonas de Marzo del año 203 padecieron por Cristo la noble matrona Vibia Perpetua, la esclava Felicidad y demás compañeros en el anfiteatro de Cartago, imperando Septimio Severo.

La *Passio Perpetuæ*—redactada en parte por la misma Perpetua y por Sáturo, y compilada quizá por Tertuliano—originalísima y auténtica, constituye un monumento doctrinal y literario incomparable legado por la antigüedad cristiana. San Agustín no pudo resistir a la fascinación de tanta belleza y patetismo. Inspirado en sus páginas sangrantes, pronunció tres emocionantes discursos a gloria y memoria de los mártires tuburtitanos. "Sus nombres—dice ingeniosamente refiriéndose a las dos heroínas—significaban el galardón de todos. Se llamaban aquello a que todos son llamados, "perpetua felicidad...".

¡Todo en la *Passio* es admirable! Las escenas del parto de Felicidad en plena cárcel—comenta Ruiz Bueno—la valentía con que Perpetua increpa al tribuno; los sarcasmos de Sáturo al pueblo estúpido; el desfile de los mártires camino del anfiteatro y, entre todos, el paso majestuoso de Perpetua, como noble matrona de Cristo, como regalada de Dios, que obliga con el fulgor de sus ojos a mirar al suelo a los paganos y nos evoca irresistiblemente el "incessu pátuit dea" virgiliano; las terribles escenas del anfiteatro y, sobre todo, aquel beso de paz que se dan los mártires exangües ya, antes de recibir el golpe de gracia ante el populacho sediento de sangre, todo se nos graba indeleblemente en el alma, con la fuerza que sólo es dado alcanzar al supremo arte de la verdad".

Apenas unas leves pinceladas caben aquí. Pero el pincel es una llama.

Decía el edicto: "Ne fiant christiani": "No es lícito hacerse cristianos". En Teburba—"Thurburbo Minus"—cerca de Cartago, son detenidos cinco adolescentes catecúmenos. Revocato, Saturnino, Secúndulo, Perpetua y Felicidad. Sáturo, su catequista, alma votada al martirio, con paternal y apostólico celo, se entrega también, para no abandonarles en el momento más duro.

Entre sus compañeros de martirio—dice San Agustín—fulge y sobresale el nombre y el mérito de las Santas siervas de Dios, Perpetua y Felicidad.

Durante la "custodia libera" o prisión preventiva, en donde fueron bautizados, el padre de Vibia Perpetua, consternado, exasperado, pide a su hija que renuncie a su fe. Ella, tomando un vaso en la mano, le argumenta: "¿Puedes darle a este vaso otro nombre que el que tiene, padre mío?... Pues yo tampoco puedo llamarme con otro nombre que el de cristiana".

Los mártires son llevados luego a la cárcel de Cartago, oscura, hedionda, insoportable. Allí traen a Perpetua su niño de pocos meses, medio muerto de hambre,

que ella cuelga ávidamente de sus pechos. Una visión simbólica le anuncia su cercano triunfo. "Vino también a la ciudad mi padre—dice ella—y, consumido de pena, se acerca a mí con intención de derribarme:—Compadécete, hija mía, de mis canas. No hagas de mí, objeto de oprobio. Mira a tus hermanos, a tu madre, a tu hijo. ¿Qué será de él sin ti? "Et ego dolebam..." Yo estaba transida de dolor..."

El interrogatorio se celebra en el foro. Todos confiesan valientemente.

Hilario pronuncia la sentencia que los condena a las fieras. El día del natalicio del César Geta nacerán ellos a la Gloria. Los mártires bajan gozosos a la cárcel donde son sometidos a la tortura del cepo. Las visiones maravillosas de Perpetua se repiten como un anticipo del cielo. Sólo el estado de Felicidad, encinta de ocho meses, enturbia el optimismo. Pero el Señor oye los gemidos y las plegarias de todos y, tres días antes del espectáculo, da a luz una niña que es adaptada por una cristiana. "Si estos dolores te hacen gemir—le dice brutalmente un carcelero—, ¿qué será cuando te arrojen a las fieras?" Felicidad responde: "Ahora sufro yo; después otro sufrirá por mí, porque yo sufriré por El". Las mordaces ironías de Sáturo hacen enrojecer a los verdugos: "Miradnos bien ahora, para que podáis reconocernos en el día del juicio".

Secúndulo murió en la prisión. El esclavo Revocato y Saturnino fueron destrozados por un oso. A Sáturo, que obró varios prodigios ante la multitud, un leopardo le dejó bañado en sangre. Contra las jóvenes—dice la *Passio*—"preparó el diablo una vaca bravía". Nada más bello que aquella actitud noble y altiva de Perpetua, juntando los bordes de su túnica desgarrada—cual otra Polixena de Eurípides—para cubrirse y recogiendo su larga cabellera para morir con decoro, "más preocupada del pudor que del dolor", y dando gentilmente la mano a Felicidad, la ayudó a levantarse.

Los mártires, heridos y exánimes, en el momento de ser rematados, se incorporan como pueden. Se dan en silencio el ósculo de paz y uno tras otro consumen su holocausto como una ofrenda litúrgica. Perpetua—la principal heroína—coloca ella misma el filo de la espada sobre su cuello, para que el novel gladiador no yerre el golpe otra vez.

¡Qué más patético que este espectáculo! ¡Qué más fuerte que este combate! ¡Qué más glorioso que esta victoria!..."

Aunque la Santa Iglesia junta en una misma solemnidad la fiesta de estos seis ilustres mártires tuburtitanos, con todo eso sólo hace mención de las dos mujeres Perpetua y Felicidad, por haberse distinguido tan admirablemente, valerosamente, en su martirio, siendo su memoria de singular veneración en todo el universo desde el principio del tercer siglo, a raíz de su tan heroica y valiente muerte. San Agustín compuso tres magníficos panegíricos en honra de las dos Santas y cita las "Actas" de ellas como las más emocionantes y auténticas, contando a Perpetua y Felicidad con San Esteban, San Cipriano y San Lorenzo entre los más inclitos y famosos mártires y los más grandes y excelentes héroes del cristianismo. Y repetía sus brillantes y estupendas alabanzas con tanta frecuencia, que era ya costumbre suya el proponer Perpetua y Felicidad a su pueblo como eficazísimo modelo para confundir a los cobardes y para animar a todos al ejercicio de la virtud. Tertuliano, San Fulgencio y otros muchos Padres antiguos hacen extraordinarios y merecidos elogios de las Santas Perpetua y Felicidad y la Iglesia ha inscrito sus prodigiosos y admirables y queridos nombres en el canon de la Misa y de preferencia con las demás Santas que se citan, pues constan en primer lugar.

Y hasta la oración a las Santas Perpetua y Felicidad en la Misa y en el Breviario del día de su festividad, cuyo texto es de los más hermosos y expresivos y afec-